

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

COMO UNA OBSESION

LA MAREA DE LA TARDE

LA marea vespertina que al subir destruye los castillos de arena levantados por la mañana, era una imagen grata a Henry de Montherlant, que se quitó la vida hace poco en París. Cualquiera lector aplicado de su obra, hubiese podido hacer el pronóstico de ese suicidio a través del cual, más tarde o más temprano, el gran escritor francés se ausentaría de este mundo. «He honrado el suicidio desde mi juventud, desde que tenía treinta años», escribió en cierta ocasión. «Y me ocupé del tema en siete obras a lo largo de mi existencia», añadió.

Para Montherlant el suicidio era como una obsesión. No sé si le vendría por la vía de la neurosis o por consideraciones metafísicas. Lo que pienso es que su íntima devoción por la historia de Roma lo familiarizó con ese género de muerte. En el «Treceavo César», prodigioso conjunto de meditaciones sobre la Roma imperial, señala lo que ese sistema de autoeliminación vital significaba como base de la existencia en la Urbe. Los personajes que aparecen en esa obra razonan la tremenda decisión. Su aniquilamiento va precedido de reflexiones y monólogos que conturban al lector. Desde Séneca y Nerón hasta Petronio, Bruto, Antonio y Porcia, pasando por Catón, una serie de sombras ilustres de Roma van desapareciendo por el veneno, el puñal, o las venas abiertas. Era unas veces el mandato del Príncipe; otras por la derrota militar o el vencimiento político, en algunos casos, como en el «snob» Petronio, por entender que en lo sucesivo, es decir, en lo que le quedaba de plazo de vida —tenía cuarenta y cinco años— no habría de ver sino abyección, vilezas y adulación por todas partes hasta el despotismo del poder político. «Le pesaba el temor y la desesperanza», escribió a su muerte Tácito. Temor no lo sé, pero desesperanza, sí que brotaba de las páginas de Montherlant, fueran novelas, ensayos, obras teatrales o confesiones íntimas. Estas últimas, bajo la forma de los «carnets», continuados hasta el pasado año, revelaban quizás con más transparente veracidad el complejo y atormentado mundo interior del extraordinario literato.

Mauriac, que a un tiempo lo admiraba y lo detestaba, escribió de él, un juicio magistral que lo perfila con garra implacable: «Esa manera de escribir que viene de tres siglos atrás, de la vena clásica, sin que haya nunca "pastiche", es el estilo más suelto, más descuidado, más libre, menos parecido al tono concertado y elaborado de un Valéry o un Gide, o al instrumento creado por un genio como Proust, para expresar su mundo

creador. Es el estilo natural por excelencia, inspirado quizás en sus libros de clase latinos. Montherlant juega sin cesar al romano, pero sin engoladuras». El estilo era, en definitiva, tan importante en él que era su propia obra, diríamos su vida entera.

Pero esta forma de expresión íntima, propia de un gran artista inimitable, se vertía hacia temas que en conjunto tenían una varia dimensión: o el ideal de la adolescencia reflejado en el culto olímpico, o en sus más discutidos libros como «Les jeunes filles» y «Les garçons», o en la evocación histórico-filosófica de temas romanos o hispánicos y en el fenómeno del Poder humano; o en el amargo sabor de la nada de las cosas humanas; o en dramas de la pasión intelectual y religiosa como su estupenda escenificación de «Port-Royal» en que un público subyugado permanecía en tenso silencio cargado de emoción durante dos horas y media, presenciando las angustias de Sor Angélica de San Juan, en su laberinto jansenista y puritano que le impedía recibir la Eucaristía como ella deseaba. ¡Cuál no era el inmenso talento del autor capaz de hacer vibrar a un abigarrado público parisiense, contemporáneo y escéptico, con las sutilezas teológicas y metafísicas que hubieran hecho las delicias de monsieur de Pascal! Y el asombro era aún mayor si se piensa que Montherlant era en su fuero íntimo profundamente descreído.

Su afición hispánica le venía quizás de la prosapia familiar originaria remotamente de Cataluña. Lo español no era solamente lo que se originaba en mitos como don Juan, o en encarnaciones del Poder, de la hidalguía y del honor, sino también en el arte de la tauromaquia que apasionadamente seguía y en sus años mozos intentó cultivar. Sólo otro académico, bien distinto en formación y actitud, el duque de Lévy-Mirepoix, gran historiador y poeta a ratos, le disputaba en el seno del Instituto de Francia la autoridad taurina. El duque, meridional de raza, no sólo asistía a las ferias de Nîmes y Arles en lugar preferente, sino que un día sorprendió a sus colegas con un largo y bellissimo poema sobre el arte de Cúchares y Romero. Montherlant fue, en cambio, con su prosa imponderable, más adentro del corazón de la fiesta.

Era Montherlant un hombre enfermizo y fugitivo. Jamás acudía a una reunión social. Cuando en 1960 estrenó su «Cardenal de

España» con éxito clamoroso, hubo de lograr el acceso al habitáculo del teatro donde se escondía, para felicitarle, gracias a la complicidad de un amigo común que era de los iniciados al pasado secreto que allí llevaba. Tenía una extraña fascinación que le hacía despreciar al mundo y a los valores que él mismo exaltaba, con frecuencia, en sus obras. Por eso se dijo de él que lo único auténtico de su enorme tarea era el estilo y que sólo eso quedaría en la posteridad como testimonio de su fulgurante paso por la república de las letras.

El se defendió de tal juicio. El problema no es que el estilo sea o no extraordinario, sino que el escritor sea auténtico. El escritor auténtico penetra con su estilo más profundamente, si éste es punzante, pero su mensaje, lo que tenga que decir, es lo sustancial del asunto. «Cuando yo hago hablar a los romanos o a los españoles en mis dramas, es siempre una voz de otro mundo la que habla. Y ese otro mundo soy yo», declaró en cierta ocasión.

Se ha dicho que su radical amargura interior estaba condicionada por la total pérdida de su fe a pesar de que, en sus años mozos, se educara en un colegio religioso católico que dejó surco indudable en varias de sus mejores obras. Pero nada refleja mejor su pensamiento final autobiográfico que este párrafo entresacado de sus últimos «cuadernos» y que vio la luz en marzo de este año, cuando ya la ceguera creciente le amenazaba, condenándole a la noche completa. «Mi aventura terrestre se acaba. Pronto mi alma volará sobre el ala de la llama. Todo lo que es fuego volverá al fuego, decía Marco Aurelio. Mis restos serán quemados y las cenizas aventadas. De mi obra no quedará nada; habrá demasiada vigilancia para que no se propague: mi nombre será destruido como el de Malatesta sobre los monumentos de Pesaro; como sucedió al ejército de Pompeyo, las serpientes borrarán la huella de mis pasos. He sido un hombre de placer; después un creador literario y después, nada...»

«Olvidaba mi vida eterna. Si el Dios de los cristianos es el bueno, entonces estoy tranquilo.

«Si el Reino existe, entraré en el Reino, con un ojo, o con los dos ojos, o sin ninguno. Miraré al Señor sin ojos. Y le diré: «¡Bueno! ¡Aquí estoy!»

José María AREILZA

CUERPO EN PENA

SOCIEDAD DE CONGELACION

INCLUSO ya se habla de una posible «sociedad de congelación». Y si la cosa llega a tomar visos —siquiera mínimos— de afianzarse, el chorro de polémicas, aspavientos e ilusiones será considerablemente superior y más excitado que el sugerido hasta ahora por la dichosa «sociedad de consumo». Se trataría de sustituir los cementerios por frigoríficos. A nadie le hace gracia tener que morir, exceptuados los suicidas y las escasas personas impacientes por destruir de la Visión Beatífica. La Medicina se propone, en última instancia, aplazar tanto como se pueda el desenlace fatal, y debemos reconocer que, de un tiempo a esta parte, ha conseguido resultados dignos de una muy alta gratitud. Sus éxitos crecen a ojos vistas. Cada día amplía los recursos de remedio: un fármaco, una nueva técnica quirúrgica, un masaje hábil, máquinas, análisis, lo que sea, permiten «hoy» soluciones inimaginables «ayer». Tal es el fondo del asunto. Porque, sin duda, «mañana» habrá mayores disponibilidades terapéuticas de las que existen «hoy». La gente de nuestra época ha tenido la oportunidad de asistir a defunciones que hubieran sido «evitables» un par de años más tarde, por ejemplo. Muchas enfermedades —y por qué no «todas»?— que de momento son incurables, encontrarán al fin su tratamiento salvador. Es una cuestión de esperar a que la fórmula esté a punto. Y la única manera de «esperar», cuando el mal ya ha hecho lo suyo, podría ser la congelación.

No soy un experto en la materia, y corro el riesgo de explicarlo en términos toscos y desgarrados. Pero, más o menos, sería así: un cadáver reciente, sometido a una determinada graduación de frío, se conservará bastante bien durante un tiempo hipotéticamente indefinido, y, en una ocurrencia favorable, podría ser resucitado para llevarle al quirófano o hacerle tomar alguna pildora inédita, con lo que su regreso a la vida quedaría garantizado. La palabra «resucitar» produce una cierta incomodidad, en el contexto. ¿Significa que el «muerto» estará perfectamente muerto al congelarse? He escrito, antes, «cadáver», porque de cadáver hablan los papeles —serios, científicos— de donde tomo la información. El detalle es importantísimo. Sea como fuere, la expectativa es ésta. El deseo de seguir viviendo halla aquí una eventualidad encantadora. Habrá de por medio una interrupción, tal vez larga, constituida por el letargo o la «muerte provisional», metido el cuerpo inerte en su estuche refrigerado; pero, cuando las terapias hayan progresado lo suficiente, el fiambre sufrirá las manipulaciones debidas por parte de los facultativos, y, si hay suerte, volverá a respirar. «Resucitará». O «renacerá». Queda en el aire cuál de los

dos verbos es preferible. La diferencia entre ellos es notoria... En cualquier caso, la alternativa de la congelación, sea la tierra para pudrirse o el horno crematorio, es absolutamente irreversible.

Los encargados de facilitar la operación son los llamados criobiólogos. Ignoro si en Norteamérica —que es donde estos asuntos empiezan— funcionan muchas cátedras de Criobiología. Algunas habrá. La especialidad aludida se dedica, en general, a conseguir la congelación de organismos vivos, y, al parecer, conseguirla sin que el organismo objeto de la maniobra se deteriore del todo. El profesor Robert C. W. Ettinger, de algún «college» de Michigan, fue quien rompió el fuego. Publicó un libro, y obtuvo adeptos. Su campaña en pro de la congelación sistemática del vecindario —una vez muerto, claro— ha sido acogida, de entrada, con escepticismo. Sus colegas de doctorado no acaban de convencerse de que las premisas teóricas de Ettinger sean admisibles. Y el hombre de la calle, tradicionalista e impermeable, continúa viendo la muerte —la propia y la ajena— desde una óptica teológica, resignada y florilegua. Sólo unos pocos individuos de ánimo optimista se apuntaron a la iniciativa. Según las noticias válidas, unos cuantos centenares de cadáveres ya aguardan en sus neveras la opción de recuperar el aliento, y muchos centenares de señoras y caballeros han redactado su testamento con la intención de que los respectivos albaceas se cuiden de proporcionarles un sitio en los nuevos almacenes de baja temperatura. El trámite todavía debe de ser caro, spongo. Una tarifas asequibles ensancharán la clientela.

Ettinger, con una sonrisa impenetrable, responde a los que le discuten la idea: «Bueno, allá ustedes, si prefieren ser devorados en seguida por los gusanos...» Es un argumento, desde luego. No ha de sorprendernos que conmueva, algún día, a las multitudes. Lo que se busca y pretende es «sobrevivir», y esta es la oferta. Las dificultades de orden práctico que el proyecto «criónico» presenta no necesitan ser subrayadas. Me he referido a los precios. No es la primera. Resulta que, en la actualidad, aún no es demasiado seguro que la congelación sea factible sin graves perjuicios para la momia. Pero también esto se podrá arreglar. De todos modos, la instalación a gran escala de frigoríficos formato ataúd, como sucedáneo de los camposantos, crearía inmensos problemas a la Administración Local, a los negocios de Pompas Fúnebres y a las autoridades sanitarias. Ettinger y sus secuaces opinan que, a la larga, se pueden resolver. Y, llevados de su euforia, postulan la utopía correspondiente. Ya lo dije

al comienzo: la «Sociedad de congelación». Puede que la «Sociedad de congelación» entre en concurrencia con la «sociedad de consumo», y el lío que se derivase alcanzaría tensiones muy curiosas. Lástima que uno sea demasiado viejo para que le quede alguna probabilidad de presenciarlo. El espectáculo sería apasionante. Y lo sería más, si cabe, otro: el del derrumbamiento total de la «sociedad» en que vivimos y morimos...

Para quienes ya no podremos participar en los beneficios postulados por Ettinger, el tema se brinda a amenas reflexiones, y la que acabo de apuntar no es la menos sugestiva. No nos paramos a ver las cosas por este lado, pero de pronto, al situarnos en la perspectiva de una relativa «inmortalidad» de los ciudadanos, descubrimos que todo nuestro tinglado descansa sobre la muerte. ¿Que ya lo sabemos? Sí, y no. La prosa severa de los códigos, las leyes menores, y las novelas, los archivos notariales, las conversaciones de familia, la política, todo, o casi todo —sin el «casi», en realidad— parte de la base de que no hemos de morir, uno a uno, más tarde o más temprano, y el episodio de nuestra extinción personal constituye un hecho decisivo para el mecanismo social superviviente. No hará falta desacar los aspectos jurídicos y económicos. El Derecho Privado, que se nutre de la compra-venta en sus más diversas modalidades, está pensado a partir de la certeza de que los propietarios fallecen. El Derecho Público, también. Uno y otro se aferran a conceptos axiales como el de «legitimación» y el de «legitimidad». De vez en cuando, se desencadena una revolución, y se alteran los principios; cuando las aguas vuelven a su cauce, al de la rutina y el ir tirando, otra «legitimidad», otra especie de «legitimación», se instaura, sea blanca, verde, roja o azul. Supongamos que se suprime la «muerte individual». «¿Qué hacer con la herencia? La «herencia»...

El patrimonio, gordo o flaco, del difunto quedaría inserto en un terreno de perplejidad legal. Porque el «difunto» no sería tan difunto. Al «resucitar», ¿tendría «derecho» a recobrar lo que era suyo en su vida anterior? Y el dinasta congelado, o el jefe de mítico ascendente personal, ¿podría reclamar el trono, cuando le hubiesen devuelto la energía? Al cabo de dos o tres generaciones, la superposición de «resucitados» sería horripilante, en su embrollo. Tal vez si se les atribuyese la condición de «renacidos», la cosa tendría otro cariz. Pero tampoco mucho más razonable. Podríamos llenar un libro con consideraciones similares... Otra cuestión sería la de los genios: Platón o Einstein. Me temo que, si hoy mismo alguien «re-

sucitase» a Einstein, este insigne personaje se vería obligado a volver a la Universidad como alumno, para aprender lo que se ingenieros sus discípulos, que no es poco. Lo único que le valdría serían los ejercicios de violín. El violín nos lleva a otras fantasías: ¿Praxíteles, Rafael, Picasso? Si congelasen a Picasso, y le devolviesen a la vida dentro de un siglo, el pintor que Picasso es y sería ¿se atrevería a pintar?... Etc., etc. Sin darnos cuenta —sin darnos cuenta— hemos centrado la cuestión en gente conspicua: con duros, con prestigio, con talento. El cuerpo electoral subalterno, teniendo acceso a la «resurrección», ¿qué haría? Y de ahí a coger los toros —los verdaderos— por los cuernos no hay más que un paso: ¿qué ocurriría, si, a la pléthora demográfica espontánea, se sumase el «renacimiento» de masas de cadáveres, por obra y gracia de los médicos?

Los que se han entretenido en el comentario de estas suposiciones, insinúan casos sobrecogedores. A usted, lector, se le muere la suegra: si no la congelase, ¿no sería tanto como asesinarla? Al hacerlo, la privaría de «resucitar» de «renacer»... Y mientras tanto, en los anfiteatros de las Facultades de Medicina, ¿con qué cadáveres estudiarían anatomía los muchachos? En la «sociedad de congelación», la única muerte viable sería la violenta: las víctimas de la bomba terrorista o bélica, las del tropelón de carretera, la caída del avión. Estos muertos suelen ser pura papilla. ¿Y cómo obtendremos buenos médicos, si no disponen de material de disección?... Y así, sucesivamente. La fluencia de objeciones puede adquirir una vidriosidad delirante. Un futuro con «resucitados» sería una pesadilla. Ettinger contesta sensatamente: «Nadie renunciaría a vivir más porque otros se fastidien por esa prórroga de vida». Le asiste la razón de nuevo: vivir es ser egoísta, y quien no lo crea así, ya puede ir a tomarse dosis irresistibles de barbitúricos. La muerte natural, la de siempre, es más sencilla: hace que la industria y el comercio se desarrollen tranquilamente, que los relevos políticos y familiares ayuden a agilizar la sociedad, que los eruditos puedan escribir monografías... Personalmente, me gustaría que me congelasen, y poder abrir los ojos otra vez, dentro de un siglo: no sólo por vivir más, sino, más aún, por ver cómo vivirán dentro de un siglo. Dentro de un siglo, yo, «resucitado», sólo podría ser un alma en pena: un cuerpo en pena, exactamente. Al fin y al cabo, tendría que morir: de viejo nadie pasa, dice el dicho. Matusalén no podría ser eternamente frigorificado.

Joan FUSTER

T.V. 19" PHILIPS
Precio total 6.000 Ptas.
2 años garantía
SATEL
Rda. S. Pablo, 46, tienda

PEDRO ROVIRA
COSTURA
presenta su colección de Alta Costura
OTOÑO - INVIERNO
Rambla de Prat, n.º 7, entlo. Teléfono: 227 15 33-32
Invitación rigurosamente personal

T.V. 19" IBERIA
Precio total 5.500 Ptas.
2 años garantía
SATEL
Rda. S. Pablo, 46, tienda

T.V. 19" MARCONI
Precio total 4.500 Ptas.
2 años garantía
SATEL
Rda. S. Pablo, 46, tienda